

bam  
bú

# ¡Manos a la obra!

Carmela  
Trujillo



Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2021, Carmela Trujillo, por el texto  
© 2021, Esther Hernando, por todas las ilustraciones  
© 2021, Editorial Casals, SA  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-8343-795-7

Depósito legal: B-11121-2021

*Printed in Spain*

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



1.

## Días normales y corrientes

**A veces, hay** días buenos. Otros, son perfectos. Pero, sobre todo, existen los días normales y corrientes.

La familia López Martínez comenzó un día de esos. Un día normal y corriente. Puede ser que fuera martes. O miércoles. Esa mañana, las gemelas Ada y Valentina se levantaron de la cama. Se vistieron. La una de color verde (Ada). La otra de color naranja (Valentina).

Se lavaron.

Se peinaron.

Recorrieron el largo pasillo siguiendo el aroma de las tostadas recién hechas.

Se encontraron a mamá arreglando el pomo de la puerta de la cocina. Es una gran carpintera.

De las mejores, opinan todos. Como siempre, llevaba un pantalón con muchísimos bolsillos. Los tenía repletos de pequeñas herramientas.

–Buenos días, señoritas –les dijo.

–Buenos días, ma –contestaron ellas.

–Buenos días, niñas –saludó papá.

Leía el periódico. Todavía estaba en pijama. Y, en la barba, llevaba gotitas de pintura blanca. Del día anterior. Es lo que les pasa a los pintores de paredes y techos, como él.

–Buenos días, pa –respondieron ellas.

*Shrek*, el perro, se acercó arrastrando su silla de ruedas. Se golpeó con una esquina. Se golpeó con una silla. Casi vuelca un macetero. *Shrek* aún no controlaba ese invento de mamá. Se lo fabricó en su taller cuando él comenzó a perder fuerza en sus patas traseras. Le costaba moverlas. Era muy viejecito.

–¡Buenos días, *Shrek*! –le dijeron.

Lo acariciaban a la vez y le decían cosas bonitas. Cosas como:

–Guapo, guapo.

–*Shrek* lindo.

¡Qué felicidad la del perro! Siempre vivía alegre. Daba igual si había pasado una hora o siete sin verlas. Mostraba todo su entusiasmo cuando las niñas se levantaban. Cuando regresaban del cole. Cuando

salía con ellas de paseo. Cuando ellas entraban en casa. Era feliz incluso cuando dormía.

–¿Ya ha bajado a hacer pis? –preguntaron.

–Sí, pero hemos regresado enseguida –contestó la madre–. Últimamente se cansa mucho. Cosas de la edad.

–¡Caramba! –exclamó de repente el padre. Dejó su tostada a un lado y leyó en voz alta–: «El vendaval ha causado múltiples destrozos en toda la ciudad».

Y todos recordaron el fuerte viento de la semana anterior:

Muchas tejas habían caído al suelo.

La ropa tendida había salido volando.

Los contenedores de basura habían hecho carreras, calle abajo.

Algunos pinos habían querido huir y se habían desplomado en la calle. También en los parques.

–¿Y qué más dice sobre el vendaval? –preguntó la madre.

Se acercó a la mesa. Ya había reparado el pomo de la puerta. Ahora, la manecilla funcionaba perfectamente.

–Habla de lo que pasó en la protectora de animales. Parece ser que el viento destrozó el porche, tiró los árboles del patio y también un trozo del muro. ¡Un desastre, vaya!

–¡Una auténtica catástrofe!

–Totalmente. Dice que el porche y los árboles daban sombra a los perros en verano. Y que el muro ya no protege nada.

–¿Y qué pasará cuando llegue el calor? –preguntó Ada–. Si ya no hay zonas con sombra, quiere decir que...

–¿Y de qué sirve un muro si tiene un agujero? –quiso saber Valentina.

–¡Qué problema, sí! –exclamó el padre–. El caso es que se necesitan donativos para pagar todos los gastos. Y vuelven a recordar que son imprescindibles las adopciones. ¡Muchos animales llevan toda su vida allí! ¿Os lo podéis creer? ¡Toda la vida!

–¡Toda la vida sin una familia! –exclamó Ada.

Y la familia López Martínez miró a *Shrek*, en su cama. Él alzó sus orejas puntiagudas. Sabía que estaban pensando en él. Esas cosas se notan.

–¡Toda la vida! –repitió Valentina–. Es como si los animales abandonados se hubieran vuelto invisibles.

–¡Exacto! Como si nadie los viera –insistió la madre.

Se hizo el silencio. Cada cual estaba pensando en algo.

Y con ese silencio,, las gemelas acabaron su leche con cacao y las tostadas con tomate y aceite.

Se lavaron los dientes.  
Cogieron las mochilas.  
Dieron un beso a sus padres.  
Y salieron de casa.  
Todo como un día normal y corriente.  
Pero no.





2.

## Telepatía

**Pero no, no** era un día normal y corriente. Dentro de ellas se había quedado la tristeza.

Iban cabizbajas. Pensaban en muchas cosas.

En patios sin árboles.

En paredes derrumbadas.

En cuánta comida necesitaba una protectora de animales. Cuántos kilos para alimentar a decenas de perros y de gatos. Dos hurones. Cuatro conejos. Seis cacatúas que habían hecho su nido en una palmera del patio. Y ocho tortugas.

Pensaron en que todo el mundo necesitaba una familia y una vivienda. Sin excepción. Y, por supuesto, también los gatos y los perros. Alguien que los quisiera. Que los cuidara. Siempre. Que no los abandonara nunca. Jamás.

Camino del colegio, las gemelas hablaron del tema.

Que si había que reparar el muro. Plantar árboles, arbustos y flores. Reconstruir el porche. Conseguir alimentos. Vacunas. Medicinas.

¡Uf, cuántas cosas!

Se miraron. Lo entendieron. Era como si se leyeran la mente.

Ada y Valentina dicen que tienen telepatía. Lo descubrieron un año atrás, mientras miraban la tele. El programa, un documental sobre los volcanes, dejó de emitirse. La pantalla se encendía y se apagaba sola. Era como si los volcanes estallaran, de repente, y luego, se volviera todo oscuro. Explotaban de nuevo. Volvía la oscuridad después.

¿Cuántas veces lo comprobaron? Varias, por supuesto. Se trataba de un experimento:

Ada cerraba los ojos y la pantalla se oscurecía.

Los abría de repente y el programa volvía a emitirse. La lava del volcán, anaranjada, bajaba lentamente por una cuesta.

Valentina hacía lo mismo, a la vez que su hermana. Ambas se miraron. Exclamaron:

—¡Tenemos poderes!

Se oyó un bufido a sus espaldas.

Al girarse, encontraron a su madre tapándose la boca, en medio de una risa.

–¿Qué? –preguntaron ellas–. ¿De qué te ríes?

–¿Cómo que tenéis poderes?

–¿Quién tiene poderes? –preguntó el padre, que llegaba en esos momentos de pasear con *Shrek*. Al perro aún no le habían empezado a fallar las patas y daba saltitos de pájaro por toda la casa–. ¡Menuda tormenta viene! ¿Qué decíais de los poderes?

Se oyó un trueno, a lo lejos, y *Shrek* lloriqueó. Tenía miedo.

–¡Que tenemos poderes! –exclamó Ada–. ¡Nosotras!

Y la madre soltó una carcajada, sin disimular.

–Mira la tele, papá.

Ada y Valentina cerraron los ojos. Contaron hasta tres (uno, dos, tres) y volvieron a abrirlos, a la vez. Nada, no sucedió nada. El televisor no se apagó y el volcán del documental erupcionó. Todo el paisaje quedó sepultado por una ceniza gris.

Lo volvieron a probar (uno, dos, tres). Tampoco.

¿Estaban fallando sus poderes?

Sus padres dejaron de prestar atención. Ellas lo volvieron a intentar. Y entonces, sí. Volvió a suceder. La televisión dejó de emitir. Se oyó un trueno. Volvieron a abrirlos y el programa continuó.

–¿Lo habéis visto? ¿Lo habéis visto? –gritaron contentas.

–¡Qué bien, así no necesitamos el mando!

Eso dijeron sus padres desde la cocina, mientras preparaban la cena. Y soltaron unas risitas a continuación.

–¡Poderes, poderes! –repetían ellos.

–¡Mágica tormenta! –y dos risas más.

Ada y Valentina se enfadaron y cerraron a la vez sus ojos (uno, dos, tres). Entonces, todas las luces de la casa se apagaron. ¡Todas! Retumbó un trueno como si fuera un auténtico volcán. Y *Shrek* comenzó a lloriquear porque tenía pánico a las tormentas.

–¡Oh, hemos roto la tele! –exclamó una.

–¡Y todas las luces de la casa! –exclamó la otra.

Sus padres acudieron con un par de linternas. Uno dijo:

–¡Caramba, pues sí, es verdad! ¡Tenéis auténticos e intensos poderes!

–Será mejor que os concentréis para que todo vuelva a funcionar.

Ada y Valentina se quedaron como estatuas en el sofá. «Quevuelvalaluz, quevuelvalaluz», repitieron, bajito.

Y fue pensar eso y la luz volvió.

Se miraron a los ojos. ¡Sí, tenían telepatía!

Y desde entonces, la utilizaban de vez en cuando.  
Les servía para leerse la mente. A veces funcionaba.  
No siempre. Pero en algunas ocasiones sí.